

CAPITULO XXVI.

Sacrificio de Rebeca.

HABIA llegado un momento en el que Beatriz tenia que alejarse de la corte para no verse obligada á revelar lo que con tanto empeño habia ocultado á todo el mundo.

En medio de la desesperacion y de la alegría que luchaban en su alma, habia pasado por su imaginacion una idea terrible; pero la habia rechazado.

La mujer se humillaba ante la madre.

La que por nada del mundo hubiera sucumbido á declarar su estado por amor á un hombre, estaba dispuesta á humillarse por el amor de su hijo.

La excitacion en que vivia abatió sus fuerzas y cayó enferma.

El médico, á quien pudo ocultar la situacion en que se hallaba, la aconsejó para restablecerse que viviera en el campo.

No deseaba otra cosa Beatriz.

Colon aceptó el sacrificio.

Beatriz partió á Baeza, su esposo quedó en Córdoba; Rebeca que sufría mucho, no pudo acompañar á su ama.

Estaba muy enferma, y se quedó con su padre al cuidado de la casa.

La causa de su enfermedad fácilmente la adivinan nuestros lectores.

El sacrificio que habia hecho era inmenso.

No conocia lo bastante á Martin Carrasco para comprender cuán indigno era de su cariño.

Le veia bajo el prisma del primer amor, tal como se habia presentado á sus ojos en la primavera de su vida, y sabia que habia sido juzgado, y que de un momento á otro deberia dictarse contra él sentencia de muerte.

No tardó, en efecto, en ser condenado.

Pero como era un bizarro militar, como habia servido á las órdenes de los más ilustres capitanes de aquel tiempo, todos intercedieron por él, y lo más que consiguieron fué que se aplazase su castigo.

Con esto se aumentaba el tormento de Rebeca, porque en situaciones como las en que ella se encontraba, la duda es más terrible mil veces que la realidad.

Llegó á tal estado la infeliz, que Colon y su padre, que no la abandonaban, llegaron á temer por su vida.

Colon no tardó en conocer su secreto.

El era la causa de su mal, y sin embargo, la infeliz bendecía su suerte por haber podido mostrar su gratitud al hombre que habia salvado la existencia de su padre.

No queriendo entristecer al autor de sus dias, solo cuando se hallaba á solas con Colon le preguntaba por el estado en que se hallaba la causa de Martin Carrasco.

Colon le ocultaba la verdad para no aumentar su afliccion.

Llegó el momento en que Martin Carrasco fué condenado á muerte.

La sentencia debia ejecutarse algunos dias despues, é Isaac, que habia descubierto el secreto de su hija, por más que ella se lo habia ocultado, fué á ver á Colon y le dijo lo que pasaba.

Las únicas esperanzas del angustiado padre, consistian en que la reina indultase al reo, y para inclinarla á su favor no contaba más que con la influencia de doña Beatriz.

Pero ésta no podía hacer nada en su obsequio.

Escondida de las miradas de todo el mundo, aguardaba con ansia y con temor el momento que para ella debía ser, al mismo tiempo que el más dichoso de su vida, el más amargo.

Era, pues, imposible contar con el influjo de Beatriz.

Pero Colon poseía toda la confianza del prior de los mercenarios, y fué á verle para ver si por su mediacion se conseguía algo.

Isaac aguardaba con impaciencia su regreso.

Cuando llegó Colon su hija parecía dormida.

—¿Qué nuevas me traéis? dijo el anciano, impulsado por su febril ansiedad.

Colon le hizo una seña, dándole á entender que no podía hablar delante de Rebeca.

—¡Oh! No temais, añadió Isaac, duerme.

—¿Estais seguro?

—Sí, ahora descansa.

Colon se acercó al lecho de la pobre niña, y vió en efecto que estaban cerrados sus ojos y que su acompasada respiración demostraba que dormía.

—¿Qué habeis logrado?

—Poner de nuestra parte al prior de los mercenarios, pero nada más. Muchos de los prelados que tienen influencia con los reyes estiman sus nobles prendas, su elevado carácter, su profunda sabiduría. Si los interesa en nuestro favor, tal vez podremos librar de la muerte á ese desgraciado.

—Creo que será tarde. El reo va á ser puesto en capilla. La que va á ser sentenciada es mi pobre Rebeca, exclamó Isaac con el acento de la más profunda tristeza.

Una voz que heló la sangre en sus venas llegó á su oído.

—¡Padre, padre! dijo Rebeca.

—¡Callad! añadió Isaac. ¿Si os habrá oído?

—¿He dormido? continuó la jóven.

—Sí, hija mía, sí. ¿Acaso te hemos despertado con nuestra conversacion?

—No; no he oído nada.

Isaac respiró.

—¿Quién está con vos?

—Nuestro buen amigo.

—¡Ah! ¡Vos, señor Colon! ¡Cuán bueno sois!

—¡Infeliz! dijo Colon contemplándola con amargura.

Hubo una breve pausa.

—Padre, quiero pedir os un favor, dijo Rebeca.

—¿Cuál, hija mía?

—Id á ver á Alí-Afán el renegado; posee un elixir que cura las fiebres, y os lo venderá si quereis hacer un sacrificio por vuestra hija.

—Todo cuanto poseo en el mundo me parece poco si en cambio recuperaras la salud.

—Pues sí; id en seguida y no tardeis.

—¿Cómo dejarte sola?

—Nuestro buen amigo el señor Colon se quedará á mi lado: ¿no es verdad?

—Sí, Rebeca; sí; si la gratitud no me inspirase el deseo de vuestro bien, las nobles prendas de vuestra alma bastarian á interesarme en vuestro favor.

Isaac se apresuró á complacer á su hija.

Cuando quedaron solos Colon y ella:

—Todo lo he oído, dijo de pronto la jóven.

—¿Qué decís?

—Todo, absolutamente todo; no trateis de ocultármelo.

—Pero ¿qué habeis oído?

—Que Martin Carrasco está condenado á muerte.

—¡Infeliz!

—No, no temais; tengo un proyecto.

—¡Vos!

—Sí; Dios me da fuerza, me hallo completamente bien.

¿No es verdad que me ayudareis?

—¿Qué es lo que intentais, desventurada?

—Salvarle.

—¡Vos!

—Yo, sí; Dios me ha dado una inspiracion; pero necesito vuestro auxilio. ¡Por Dios, no me lo negueis, porque entonces me matariais!

Rebeca corrió el cortinaje de su lecho, y algunos segundos despues apareció completamente vestida.

—¿Vos conoceis al prior de los mercenarios?

—Yo, sí.

—No ignorais que conozco todos vuestros secretos.

—Bien; ¿qué es lo que pretendéis?

—Necesito á toda costa, pronto, muy pronto, un hábito de su órden.

—Pero Rebeca....

—Es la súplica de una moribunda.

Colon comprendió el pensamiento de la jóven.

—Quiero salvarle, lo oís, quiero salvarle, y solo hay este medio. Va á ser puesto en capilla, y ya veis que tengo valor para soportar esta desgracia. Solo los frailes pueden llegar á verle: oculta bajo ese hábito entraré en la capilla, le pediré por mi amor que huya disfrazado con mi traje, y se salvará. ¡Oh! Sí; se salvará: me lo dice mi corazon.

La empresa era arriesgada, y Colon no creia que diera buenos resultados.

Pero Rebeca estaba segura de que triunfaria.

Y como la fe salva, Colon se decidió á satisfacer aquel deseo, porque si no lograba su objeto, al ménos sosteniendo su esperanza, mitigaria su dolor.

Colon salió, y poco despues volvió con el hábito.

Era de noche.

Rebeca se disfrazó con aquel traje.

—Acompañadme, dijo á Colon.

Al llegar á la prision estrechó la mano de su amigo, y confundiendo con algunos otros frailes que entraban á la capilla á exhortar al reo para que elevase su espíritu á Dios, llegó hasta el fúnebre aposento en donde yacía el infeliz Martin Carrasco.

Nadie la estorbó el paso.

Oculta en un rincon oscuro, permaneció largo tiempo, hasta que pudo aprovechar un instante en que Martin Carrasco se quedó solo.

Levantándose la capucha:

—Martin, le dijo, no hay tiempo que perder, he venido á salvarte.

—¿Tú, Rebeca?

—Yo, sí.

—¿Me has perdonado?

—No hablemos de eso. Tu vida es muy preciosa para mí. Ponte este hábito, sal inmediatamente, y yo me quedaré en tu puesto.

—Eso es imposible.

—¡Ah! No temas; de ese modo salvo tu vida, y aunque yo sufra el castigo nada me importa.

—De ningun modo. Antes prefiero que muramos los dos.

—¡Oh! No; huye, huye; te lo suplico por lo que más ames en el mundo. Yo estoy segura de que alcanzaré el perdon. ¿Olvidas que estoy al servicio de doña Beatriz Enriquez de Córdoba?

—¿Y si no sucede así? ¿Y si sucumbes?

—Si llega ese momento, haz lo que te dicte tu corazon.

—Bien está; solo de esa manera cedo.

—No hay tiempo que perder.

Martin Carrasco se puso el hábito, y Rebeca la túnica de estameña que tenia el reo.

El soldado cayó de rodillas á los piés de la jóven.

—No olvidaré nunca que te debo la vida. Si Dios oye mis súplicas, los dos nos salvaremos; yo conquistaré honores y riquezas en las batallas, y algun dia te pagaré esta deuda.

Inmediatamente salió sin que los centinelas notasen el engaño.

Pero despues entró en la capilla el padre agonizante.

El y Rebeca se quedaron solos.

Apénas se acercó á ella el venerable anciano, la jóven, cayendo de rodillas á sus piés, le descubrió la verdad.

—¿Qué habeis hecho, desventurada? exclamó el sacerdote.

—Sacrificar mi vida por un hombre á quien amo con toda mi alma.

—¿Pero ignorais la muerte que os espera?

—Por terrible que sea, la endulzará la dicha de haberle libertado del patíbulo.

—Yo no puedo permitir que lleveis á cabo vuestros desig-
nios.

—¡Oh! ¡Por piedad, no me descubrais!

El agonizante se detuvo.

Rebeca le contemplaba con ansiedad.

—¿Qué hacer para salvaros? dijo despues de una breve pausa el ministro de Dios.

—Mi corazon me dice que Dios me librá de perecer en el cadalso.

—¿Pero vivís sola en el mundo? ¿No teneis familia?

—Sí, aún vive mi pobre padre; mi pobre padre que me busca tal vez, que ignora dónde estoy.

—¿Y le habeis sacrificado á una pasion funesta para vos?

—¡Dios se apiadará de mí!

—Pidámosle, dijo el anciano, conduciéndola hasta el altar donde estaba el crucifijo, pidámosle que se apiade de vos.

—Mi religion me prohíbe prosternarme ante esa imágen.

—¿No sois cristiana?

—Soy judía.

—¡Desgraciada! ¿Esto más?

—Sí, es la religion de mis padres.

—Os compadezco, porque en medio de vuestras desventuras, los consuelos de la religion, la fe, inundando vuestra alma con sus divinos resplandores, endulzaria las tristes horas que os aguardan si os perdonan la vida, y os inspirarian la resignacion si teneis que pasar por el duro trance de la muerte.

—Padre mio, dijo Rebeca, sin saber por qué tengo vivos deseos de comprender los arcanos de vuestra religion, porque sin ser cristiana, invoco algunas veces el nombre de la Virgen, sus dolores me parecen sublimes, y la ofrezco los míos. ¿Por qué no habré nacido en el seno de vuestra religion?

—Nunca es tarde para el bien, hija mia; si comprendeis los dolores de la Santa Madre de Dios Hijo; si admirais la humildad, la sabiduría, la grandeza y la mansedumbre de Jesucristo; si quereis en vuestra angustiosa situacion hallar dulces consuelos, venid conmigo, prosternaos ante la santa imágen del Crucificado, implorad su perdon y su gracia, abjurad de vuestros errores, y yo os aseguro que cualquiera que sea la suerte que os esté reservada, la sufrireis con resignacion, con mansedumbre, con humildad, porque la religion cristiana es un bálsamo que consuela todas las aficciones, es la fe, es la caridad.

Al decir esto el padre agonizante condujo á Rebeca al pié

del altar, y prosternándose la jóven maquinalmente, repitió la "Salve" que pronunció el ministro de Dios con fervoroso recogimiento.

Largo rato trascurrió, durante el cual solo pronunciaron oraciones los labios de Rebeca.

—Gracias, padre mio, gracias, dijo. ¡Oh! Me habeis dado la felicidad; habeis abierto á mi vista nuevos y risueños horizontes. Si es mi destino morir, si logro al ménos morir en el seno de la religion cristiana; si logro que mi martirio sea agradable á sus ojos y que todas mis lágrimas y todos mis dolores sean un tributo á la admiracion, al entusiasmo, al fervor que me inspira, moriré contenta.

Deseoso el padre agonizante de hacer ménos dura la situacion de la jóven, la dejó sola para dar parte de lo que habia sucedido, y predisponer en su favor á sus jueces.

Inspirado por el deseo de favorecerla, pidió una audiencia á la reina doña Isabel, haciéndose anunciar como el confesor del reo que estaba en capilla.

La reina se apresuró á recibirle.

El padre agonizante la refirió lo que habia pasado, y la anunció los deseos que abrigaba la jóven neófita de recibir el agua del bautismo, de abjurar de sus errores, de pertenecer á la religion cristiana.

—Otra gracia pido á V. M., añadió; la de que en la pila bautismal seais su madrina.

El corazon de la augusta Isabel era generoso y magnánimo.

Nadie como ella podia comprender la grandeza del alma de Rebeca.

Su corazon se sintió profundamente conmovido, y desde aquel momento solo un deseo tuvo: su perdon.

¡Hermosa prerogativa de los reyes!

Representantes en la tierra de la Omnipotencia, y al mismo tiempo de la bondad divina, pueden, acatando los fallos de la justicia, devolver la esperanza al corazon de un reo arrepentido.

Con una sola palabra, con un sólo movimiento de su corazon, puede separar del borde del sepulcro al que, en un momento de extravío ó de alucinacion, ha manchado su conciencia con un crimen; pueden devolver la paz al corazon de un padre que llora la desdicha de su hijo, de una esposa que ve marchar al cadalso á su esposo, de un hijo que con el corazon herido de muerte y las lágrimas en los ojos, ve á su pobre padre subir las fúnebres gradas del patíbulo, más desgraciado aún porque deja un borron al hijo de sus entrañas, que porque va á recibir el castigo de sus culpas.

¿Cómo teniendo en su mano la vida de una mujer, y de una mujer que se sacrificaba por su amor á un hombre, de una mujer que tan altas prendas demostraba; cómo, repito, teniendo Isabel en su mano los medios de absolverla habia de condenarla?

Enterada de sus antecedentes, supo que se hallaba al servicio de su dama doña Beatriz, y esta circunstancia fué un motivo más para aumentar la piedad de su corazon.

—Tranquilizad á esa infeliz, dijo al padre agonizante; yo la perdono, yo acojo su deseo, y seré su madrina cuando reciba el agua del bautismo.

Y aun haré más por ella.

Despues de lo que le ha pasado, no puede vivir en el mundo dichosa.

Si siente vocacion, el claustro le abrirá sus puertas: vivirá en un convento bajo mi proteccion, y allí, elevando al cielo sus plegarias, encontrará la calma que no ha podido hallar en el mundo.

El venerable anciano besó la mano de la reina, dándole gracias por su munificencia, y corrió á participar tan fausta noticia á Rebeca.

—Sí, sí, dijo la jóven, eso deseo; la paz del convento, la oracion: esta es ya mi única felicidad.

El perdón de la reina fué pregonado, y las palabras del pregonero, al llegar á oídos de Isaac, que sufría horribilmente porque Colón le habia revelado la verdad, le devolvieron la esperanza.

Corrió á la prision, y al mismo tiempo experimentó una inmensa alegría y un profundo pesar.

Podia estrechar en sus brazos á su hija, podia saber que viviria, pero tambien supo que habia abjurado de su religion, y que estaba resuelta á profesar en un convento.

—Es morir para mí si no muere para el mundo, se dijo.

No habia remedio, sin embargo.

Rebeca, protegida por la reina, entró de novicia en un convento de carmelitas, y ántes de entrar escribió una larga carta á Beatriz, confiándole cuanto le habia pasado.

De Martín Carrasco no se supo nada por entónces.

Isaac quedó al cuidado del palacio de doña Beatriz.

Colón estaba satisfecho, porque Rebeca se habia salvado del inmenso peligro que habia corrido.

Pero al cesar su inquietud por ella, se aumentaba la suya.

Tenia que vivir lejos de Beatriz, sus asuntos no adelantaban nada, y de un momento á otro podria descubrirse la situacion en que se hallaba su esposa.

Fray Pedro le animaba, y participando cada vez más de sus ideas, le auguraba un brillante porvenir.

Trascurrió el tiempo, y al fin llegó el momento en que Beatriz debia dar vida al fruto de sus amores.

La idea de no estar á su lado en aquellos instantes, era un martirio para Colón.

No apartaba de su esposa su pensamiento.

Su zozobra era cruel.

Una mañana le sorprendió Beltrán.

—Dadme los brazos, le dijo; sois padre de un hermoso niño.

—¿Vos sabeis?....

—Lo sé todo; confiad en mí.

—La Providencia nos ha escuchado, exclamó Colón. ¡Bendita sea su voluntad!